

XVIII Concurso de Microrrelatos Mineros Manuel Nevado Madrid

XVIII Concurso de Microrrelatos Mineros Manuel Nevado Madrid
Como todos los meses de diciembre, nuestro *BCI* se hace eco de las voces que nos llegan desde Asturias con el relato ganador del concurso de temática minera que allí tiene lugar.



Ilustración de Alicia Gracia Aguilar.

La sota de bastos

Luis Pachón Gómez

En un pozo. Así morían los varones de su familia. Y él, estaba convencido, no iba a ser la excepción. Para capear el terror que esta idea le producía, todas las mañanas, el más bien bruto pero bonachón Dolfo desempolvaba el contrato que, unilateralmente, hacía treinta años, había rubricado con Dios: barajaba la baraja de su padre y robaba una carta. La única cláusula del contrato establecía que solo el día en que sacase la sota de bastos habría de morir. Así, se concedía treinta y nueve contra una posibilidades de conocer un día más, y al Altísimo la suya de llevárselo cuando le placiera. Puede resultar increíble, pero en tres décadas nunca había extraído dicha sota.

La confianza que Dolfo depositaba en ese arreglo era absoluta y obtenía calma de él, pero esta no duraba más que un día, hasta el siguiente robo de carta. Por eso, ahora, pese a los dolores, estaba tan exultante, recibida la noticia de que, a causa de la grave lesión de su pierna, se le sacaba de la mina. Tal fue su euforia que, por primera vez en meses, astroso y barbudo, echó mano al cayado y salió de casa, a dar una vuelta por el bosque cercano. Un breve paseo que debía ser glorioso, pero que terminó de forma abrupta.

No supo el motivo hasta que lo plantaron, bajo el abrigo de un árbol, ante el sargento Aza. Corrían aquellos tiempos de rescoldos de resistencia, y el más célebre de los «persistentes» del contorno no era otro que Xuan García «Pin». Aza le profesaba un odio cerval a dicho guerrillero, por muchas razones pero, principalmente, porque al escurrírsele cuando ya casi lo tenía cazado, con un ingenioso ardid, este había demostrado ser más listo que él. Dolfo, por su parte, no tenía nada que ver con *Pin*... Salvo que, al parecer, con su desaliño actual, resultaba fatalmente idéntico a él.

Atenazado por un pavor superior al de cualquier mañana, Dolfo trató atropelladamente de explicar que él no era *Pin*, pero el sargento no atendía a razones: la semejanza era demasiado grande. Incluso, y sobre todo, por la cojera del reo, pues cuando *Pin* huía Aza había abierto fuego y él y sus hombres habían alcanzado a ver cómo este echaba mano a una pierna, aunque, de pronto, no coincidían entre ellos a determinar a cuál. Esta laguna en su recuerdo llevó a una discusión, en medio de cuya virulencia a Dolfo, zarandeado, fue a escurrírsele la baraja del bolsillo.

Incapaz la compañía de ponerse de acuerdo, a Aza se le ocurrió entonces una curiosa forma de esclarecer la cuestión. Le preguntó a Dolfo si juraba ante Dios no ser *Pin*. Dolfo asintió, pero Aza también dijo jurar que sí lo era. «Aclárelo Dios» proclamó a continuación. Jugador de cartas empedernido, Aza retó a Dolfo a una partida de siete y media, de cuyo resultado habría de extraerse la verdad. El azar, o el destino, concedió a Dolfo un dos en la primera carta y un cinco en la segunda: siete. «¡Me planto!» pensó al instante. Pero, por causa de los nervios, de su boca no salió sino el pedir otra carta. Una... que no resultó ser otra que la sota de bastos: media. Victoria. Según las bases establecidas, la verdadera identidad de Dolfo quedaba refrendada ante los ojos de Dios.

Por desgracia, sin embargo, tan afortunado lance solo hizo que avivar los complejos y despertar la ira de Aza, quien acusó a Dolfo de haber hecho trampas para intentar engañarle de nuevo, como hiciera en su anterior encuentro. Y así, sin perder un instante, desenfundó la pistola y disparó al falso *Pin*, que se precipitó a la sima que se abría a los pies del árbol, donde agonizó hasta encontrar la muerte.